

Material sensible

Pedro Ugarte

Escritor

UN EDITOR maneja material sensible. Por eso, para meterse en semejantes berenjenales, hay que estar hecho de una pasta especial. A veces me dan ganas de rascar un poco a Juan Casamayor para comprobar la naturaleza de la pasta, la pasta de la que está hecho: sería difícil encontrar mejor argamasa para el arduo empeño de editar.

Ninguna persona entra en el mundo de la edición (en cualquiera de sus papeles) si su objetivo principal es ganar pasta (la otra). El escritor sabe que sus remuneraciones, que pueden ser gratísimas, no tienen mucho que ver con el dinero. Un editor avisado también lo sabe y, de nuevo, obra en consecuencia. Más allá de las disposiciones de un contrato, cuidar las remuneraciones extracontractuales es decisivo para la salud mental del escritor, quebradiza como pocas.

El editor comercia (sin miedo al verbo) con el destilado sentimental que le entregan los autores; en efecto, material sensible y, por tanto, material frágil y evanescente: cápsulas de miedo y de impaciencia, de rencor y de misericordia, de ambición y de fracaso, de memoria y de olvido. El editor debe ser tan sensible como el escritor, porque si este destila material delicado, a aquel le corresponde empaquetarlo y lanzarlo al ancho mundo. No hay manufactura más compleja que la que atesora un libro, al menos un libro dedicado a ese laberinto de infundios, miedos y esperanzas denominado literatura.

Juan Casamayor conoce los materiales que trasiega y manipula, y conoce también el carácter levantisco, tornadizo, espectral, de los sujetos que los alumbran. Decía que el editor debe ser tan sensible como el escritor, pero en una cosa sí le debe de superar: en la heroica virtud de la paciencia. El escritor, al fin y al cabo, es un artista, y todos sabemos que los artistas son gente difícil.

He tenido el privilegio de trabajar con algunos de los mejores editores que ha habido en este país. Jorge Herralde, Pote Huerta y Miguel Ángel Matellanes, por citar los más sonados. De ellos aprendí muchas cosas y muchas otras son las que debo agradecerles, pero confieso que Juan Casamayor despliega un encanto especial. Estoy muy orgulloso de acompañarlo (a él y a mi admirada Encarnación Molina) en ese viaje extraordinario que es Páginas de Espuma.

Me resigno a la torpeza de estas líneas, pero intento consolarme de este modo: la torpeza del perfil responde a la pasión que suscita el perfilado. Cuando hacía crítica literaria (hace un cuarto de siglo de eso) mis peores críticas eran aquellas en las que hablaba de los libros que más me gustaban. Quiero acogerme a esa enmienda: Juan Casamayor representa demasiadas cosas importantes, en mi particular itinerario, como para aplicarme con destreza. Espero que la sinceridad, irrecusable, compense lo demás.